

# *SAN IGNACIO, OBISPO DE ANTIOQUIA Y MÁRTIR*

**17 DE OCTUBRE**

**P. Juan Croisset, S.J.**

**S**an Ignacio, Obispo de Antioquía y mártir, floreció en el primer siglo de la Iglesia. Tomó el sobrenombre de *Teóforo*, que significa *hombre que lleva á Dios*, para dar á entender que llevaba á Jesucristo profundamente grabado en su corazón. Algunos le hacen siro de nación: Metafraste y Nicéforo aseguran que fue judío, y aun añaden fue aquel niño á quien llamó el Salvador y, colocándole en medio de los discípulos, se le propuso por ejemplar de la inocencia y de la humildad cristiana, según se refiere en el capítulo xviii del Evangelio de San Mateo. Pero, afirmando San Juan Crisóstomo que San Ignacio nunca vio á Jesucristo, no se puede asegurar cosa positiva en un hecho tan considerable. Lo que no admite duda es, que San Ignacio fue uno de los principales discípulos de los Apóstoles, y, particularmente, del Evangelista San Juan. En la escuela de tal maestro, no es de admirar hubiese aprendido aquel amor encendido y aquel abrasado celo con que siempre amó al Salvador.

Puédese hacer juicio de la eminente virtud y del sobresaliente mérito de nuestro Santo por la elección que de él hicieron los Apóstoles para que gobernase una iglesia de tanta autoridad como la de Antioquía, fundada por el mismo San Pedro, y que en poco tiempo floreció tanto, que en ella comenzaron los fieles á tomar el nombre de cristianos. San Anacleto papa, Teodoro y San

**Juan Crisóstomo son de parecer que fue consagrado Obispo por el mismo Apóstol San Pedro, y que, con la imposición de las manos hecha por el Príncipe de los Apóstoles, recibió aquella plenitud de virtudes episcopales de que fue dotado nuestro Santo. Lo que está fuera de toda controversia es, que San Ignacio no gobernó la iglesia de Antioquía hasta que murió San Evodio, sucesor inmediato de San Pedro, y que la muerte de San Evodio sucedió en el año 69 de Cristo.**

**Gobernó San Ignacio dicha Iglesia, casi por espacio de cuarenta años, con tanta prudencia, con tanto celo, con tanta felicidad y con tan grande reputación, que todas las iglesias de Siria recurrían á él como á oráculo. En la persecución de Domiciano tuvo mucho que padecer; pero nunca abandonó su amada grey en medio de los mayores peligros de la vida. Era tan vehemente su pasión por el martirio, que solía decir no creía que amaba bien á Jesucristo hasta que derramase por El toda su sangre. Durante aquel tiempo de tribulación, sirvió de gran consuelo á todos los fieles su celo y su caridad. Asistía á unos, confortaba á otros y á todos los mantenía en la fe.**

**Habiendo muerto el emperador Domiciano el año 96 de Cristo, y habiéndole sucedido Nerva en el imperio, restituyó la paz á la Iglesia, mandando volver del destierro á todos los que le padecían por causa de religión; pero como Nerva murió al año y pocos meses después de su exaltación al trono, fue de corta duración la calma. Sin embargo, se aprovechó maravillosamente San Ignacio de aquella breve tregua para instruir y para alimentar á su pueblo con frecuentes exhortaciones, como también para disponerse él mismo al martirio con ejercicios de oración y de penitencia.**

**Pero si padeció grande persecución de los gentiles, no la padeció menor de los herejes, que no perdonaron**

**medio alguno para alterar la pureza de su fe, y para engañar á los demás fieles con artificiosas exterioridades, y con especiosos pretextos de severidad y de reforma. «Hay ciertos hombres engañosos y embusteros (dice el mismo Santo escribiendo á los de Efeso), que, cubriéndose con el Nombre Santo de Dios, hacen cosas indignas de tan Soberano Nombre. Huid de ellos como de bestias feroces. Son perros rabiosos que muerden á traición; guardaos de ellos, porque su mordedura es dificultosa de curar. Cónstame que han ido á esa ciudad sujetos de mala doctrina, pero también sé que habéis cerrado los oídos por no escucharlos: sea Dios bendito.»**

**Y escribiendo á los fieles de Esmirna: « Este consejo os doy, carísimos hermanos míos, para que os podáis guardar de esas fieras en figura humana, á las cuales, no sólo no debéis recibir, pero, si fuera posible, ni aun encontraros con ellas. Contentaos con pedir á Dios que les abra los ojos para que se conviertan, si puede ser. No me ha parecido conveniente declarar aquí los nombres de esos incrédulos; líbreme Dios ni aun de tomarlos en boca, hasta que se vuelvan á Su Majestad. Abstiénense de la Eucaristía, porque no quieren creer que la Eucaristía sea aquella misma carne de Nuestro Señor Jesucristo que tanto padeció por nuestros pecados; aquella misma que el Padre Eterno resucitó por su bondad: apartaos de ellos, vuelvo á decir, y no los habléis en público ni en secreto ».**

**Había mucho tiempo que San Ignacio suspiraba por el martirio, cuando el emperador Trajano, que había sucedido á Nerva, pasó al Oriente en el año de Cristo de 106, marchando á Armenia contra los partos. Cuando llegó á Antioquía tuvo noticia del celo y del fervor con que San Ignacio predicaba la religión cristiana en todas partes, y de los muchos que convertía con su predicación. Mandó el Emperador que le trajesen á su presencia.**

Luego que le tuvo delante de sí: — *¿Eres tú, le preguntó, aquel Teóforo que no quiere obedecer mis decretos imperiales, y que, negándose á sacrificar á los dioses del imperio, engaña á toda esta ciudad, predicando á todos la Religión cristiana?—Sí, señor, respondió Ignacio, yo soy el que me llamo Teóforo.— Y ¿por qué te llamas Teóforo, ó el que lleva á Dios?* replicó el Emperador. *¿Qué quiere decir eso?—Señor, respondió el Santo, quiere decir que llevo á Jesucristo profundamente grabado en mi corazón.—Pues qué, repuso Trajano, ¿piensas que los demás no tenemos también en nuestra alma á los dioses inmortales que nos asisten en las batallas y nos conceden las victorias?—¡Oh Emperador, respondió el Santo, y qué gran ceguedad es dar el nombre de dioses á los demonios que adoran los idólatras! Sabed, señor, que no hay más que un solo Dios, Criador del Cielo y de la Tierra, y su Único Hijo Jesucristo Nuestro Salvador, cuyo Reino es eterno. ¡Ah, señor, y qué dichoso seríais vos, qué feliz, qué próspero vuestro imperio, si creyeráis en El!— Dobleemos la hoja, le dijo el Emperador, y hablemos de otra cosa. Ignacio, ahora sólo se trata de que procures darme gusto, poniéndome en ocasión de hacerte muchas mercedes y de honrarte con mi amistad. Sacrifica luego á nuestros dioses, y yo te empeño mi imperial palabra que al instante te declararé sacerdote del gran Júpiter, y padre del Senado. — Guarda ioh Emperador! esas liberalidades para otros que las estimen, respondió Ignacio; que, por lo que á mi toca, tengo la honra y la gloria de ser sacerdote de Jesucristo, y toda mi ambición se reduce á sacrificar mi vida por este divino Salvador, que me redimió de la muerte y me dará otra vida inmortal. — ¿Qué, replicó Trajano, por aquel Jesús que fue crucificado en tiempo de Poncio Pilato?—Por Ese mismo, que murió por mí en una cruz, respondió San Ignacio, deseo yo dar mi vida, y seré dichoso si son oídos mis deseos. Irritado entonces el Emperador, pronunció contra él la sentencia de muerte en estos términos: Mandamos que Ignacio, que*

***dice lleva en si mismo al Crucificado, sea puesto en prisiones, y que sea conducido por los soldados á la gran ciudad de Roma, para ser en ella echado á las fieras, sirviendo de espectáculo y de diversión al pueblo.***

**Apenas oyó el Santo la sentencia, cuando exclamó arrebatado de alegría: *Yo os doy gracias, Señor, porque al fin tendré el consuelo de daros alguna prueba de mi amor, sacrificándoos mi vida: ¡qué honra para mi ser puesto en prisiones por vuestro amor, como lo fue Pablo, vuestro apóstol!* Y diciendo estas palabras, presentó sus manos á las esposas. Hincóse de rodillas, besó las cadenas, y, habiendo hecho oración á Dios con muchas lágrimas por toda la Iglesia, partió de Antioquía, y fue á embarcarse á Seleucia, acompañado de dos diáconos de su iglesia, Filón y Agatopo, que no se apartaron de él, y fueron, á lo que se cree, los que escribieron las actas de su martirio.**

**Después de muchos trabajos y fatigas, llegó San Ignacio al puerto de Esmirna. Permittedle entrar en él, donde halló á San Policarpo, su buen amigo, que también había sido discípulo del apóstol San Juan. Fue recíproca la alegría y el consuelo de los dos Santos. Todas las iglesias de aquella provincia le enviaron sus diputados para encomendarse en sus oraciones. Onésimo, Obispo de Efeso; Dámaso, Obispo de Magnesia, y Pólipo, Obispo de Tralles, vinieron á visitarle en persona. Desde Esmirna escribió el Santo á estas tres iglesias unas epístolas llenas de aquel espíritu apostólico que le animaba. «Sean, dice en su epístola á los efesinos, sean vuestros ejemplos otras tantas lecciones que deis á los impíos y á los hombres libres. Oponed á su proceder impetuoso y arrebatado vuestra dulzura y vuestra modestia; á sus injurias, vuestra paciencia y vuestras oraciones; á sus errores, vuestra constancia en la fe. Sean vuestras contiendas sobre quién ha de padecer más injusticias,**

**más pérdidas y más menosprecios por Jesucristo. Por este Señor llevo yo mis cadenas, perlas preciosísimas que estimo más que todos los tesoros del mundo.»**

**«Aunque yo estoy encadenado, escribe á los fieles de Magnesia, con todo eso no valgo tanto como cualquiera de vosotros, sin embargo que estáis libres. Acordaos de mí en vuestras oraciones, á fin de que yo llegue á gozar de Dios, y no os olvidéis de la iglesia de Siria, en la cual no merezco ser contado.»**

**«Tengo gusto en padecer, dice en su carta á los de Tralles: tengo gusto en padecer, es verdad; pero no sé si soy digno de eso. Rogad á Dios por mí, para que sea merecedor de gozar la porción que me está destinada, y para que no sea reprobado.»**

**Habiendo encontrado San Ignacio en Esmirna algunos fieles que iban á Roma, y habían de llegar antes que él, les entregó una carta para los otros fieles de la misma Roma, en que, con los términos más vivos, les descubre los verdaderos dictámenes de su corazón, y los conjura para que no hagan diligencia alguna en orden á librarle de padecer la muerte por Jesucristo. «Temo, dice, que vuestra caridad me sea perniciosa, y que pongáis algún estorbo al cumplimiento de mis deseos. Porque ni yo lograré jamás tan bella ocasión de ir á mi Dios, ni vosotros me podréis hacer mejor merced que dejarme consumir mi sacrificio. No podéis solicitarme otro bien más estimable, que no impedir el que me sacrifique á mi Dios, mientras el altar está pronto, y sólo se espera la víctima. Esto suplico, y no queráis amarme fuera de tiempo: Dejadme servir de pasto á los leones, porque soy trigo de Dios, y debo ser molido por los dientes de las fieras; deseo que su vientre sea mi sepultura, y que no dejen ni reliquia de mi cuerpo. A la verdad, se pudiera decir que desde Siria hasta Roma voy lidiando con unas**

**bestias feroces; porque estoy preso y atado en medio de diez leopardos, que cuanto mejor se hace con ellos, peor me tratan á mí; pero me tengo por dichoso en padecer este ejercicio por amor de mi Señor Jesucristo. Quiera Dios que encuentre, luego que llegue, las fieras aparejadas para despedazarme. Ninguna cosa temo más que el que me perdonen, como lo han hecho con algunos discípulos de Cristo. Si sucediera esto, yo mismo las irritaría. Perdonadme, que yo sé lo que me conviene. Sí, dígolo intrépidamente; ninguna criatura visible ni invisible puede estorbarme ir á Jesucristo. El fuego, la cruz, las fieras, la separación de mis huesos, la división de mis miembros, la destrucción de todo mi cuerpo, toda la malicia de los mismos demonios, nada será capaz de hacer titubear mi fe, ni de debilitar mi amor, ni de disminuir mi aliento; nada podrá espantarme ni perjudicarme, con tal que posea á Jesucristo. Todos los gustos del mundo, todos los reinos del siglo, nada son: más vale morir por Cristo, que ser rey de toda la Tierra. En vano se lisonjea de amar á Jesucristo el que ama al mundo; por lo que toca á mí, sólo vivo para morir por Jesucristo.»**

**Obligado San Ignacio á embarcarse antes de lo que pensaba para pasar á Ñapóles de Macedonia, escribió á San Policarpo una carta verdaderamente apostólica, llena de las mismas máximas y del mismo espíritu que las precedentes. Fuera de estas cinco epístolas, tenemos todavía otras dos de nuestro Santo, una á los de Filadelfia y otra á los de Esmirna; todas en el mismo tono y abrasadas con el mismo fuego.**

**Los soldados que escoltaban á Ignacio temían llegar tarde á Roma para los juegos que se celebraban por aquel tiempo, y estaban ya para acabarse. Con este miedo apresuraron la marcha extremadamente, pero siempre caminaban con lentitud para las ansias de**

nuestro Santo. A la primera noticia de su venida salieron á recibirle tropas enteras de cristianos, así de Roma como de los lugares vecinos. Luego que entró en aquella ciudad se hincó de rodillas con los cristianos que le rodeaban, y, ofreciéndose á su Dios como víctima que estaba pronta á ser sacrificada, le pidió por la paz de la Iglesia. Después fue conducido al anfiteatro, é inmediatamente fue expuesto á las fieras, á la vista de los paganos que habían concurrido a celebrar la profana fiesta, que se llamaba *de los Sellos*. Oyendo el Santo el rugido de los leones hambrientos, dijo en alta voz lo que ya había escrito á los romanos: *Yo soy trigo del Señor, y debo ser molido por los dientes de estas fieras, para poder ser ofrecido como pan puro á Jesucristo*. Un instante después fue despedazado por los dientes de los leones, como lo había deseado, oyéndosele pronunciar el Santo Nombre de Jesús hasta el último suspiro. No quedaron de todo su cuerpo más que algunos huesos que recogieron los cristianos, y pocos días después fueron conducidas estas preciosas reliquias á la ciudad de Antioquía, donde fueron recibidas y reverenciadas con singular veneración y con extraordinaria piedad. Sucedió el martirio de San Ignacio el año del Señor 107, á los 20 de Diciembre, según la opinión de casi todos los orientales; pero la Iglesia latina celebra su fiesta en el día 1.º de Febrero, que, según Beda y algunos otros, fue el de su muerte.

Aseguran algunos escritores que este Santo no fue despedazado, sino sofocado por los leones, y que, después de muerto, le abrieron para ver si era verdad que tenía grabado en el corazón el dulce Nombre de Jesús, como él mismo lo decía muchas veces, y que, con efecto, se halló esculpido en él con letras de oro este dulcísimo Nombre. Pero como todos los autores antiguos callan este hecho, se puede verosímilmente creer que esta opinión no tuvo otro fundamento que los vivísimos

términos de que se valió San Ignacio para explicar el ardiente amor que profesaba á Jesucristo.

Después que la ciudad de Antioquía fue tomada y casi arruinada por los persas y por los sarracenos, se trasladaron á Roma las preciosas reliquias de nuestro Santo, y se colocaron en la iglesia de San Clemente, donde están tenidas en grande veneración. Celebróse esta traslación el año 540, como dicen unos, ó, como más probablemente quieren otros, el de 639.

**La Misa es en honor de San Ignacio, y la oración la que sigue:**

**i Oh Dios Todopoderoso, atiende á nuestra flaqueza, y pues estamos oprimidos con el peso de nuestras propias obras, ampáranos por la intercesión de tu glorioso mártir y pontífice el bienaventurado Ignacio! Por Nuestro Señor Jesucristo...**

**La Epístola es del cap. 8, vers. 35 al 39 de San Pablo á los Romanos. ;**

**H**ermanos: ¿Quién, pues, podrá separarnos del amor de Jesucristo? ¿será la tribulación? ¿ó la angustia? ¿ó el hambre? ¿ó la desnudez? ¿ó el peligro? ¿ó la persecución? ¿ó el cuchillo? (según está escrito *en el Salmo 43: Por Ti ioh Señor! somos entregados cada día en manos de la muerte; somos tratados como ovejas destinadas al matadero*). Pero en medio de todas estas cosas triunfamos por virtud de Aquel que nos amó. Por lo cual estoy seguro de que ni la muerte, ni la vida, ni Ángeles, ni Principados, ni Virtudes, ni lo presente, ni lo venidero, ni la fuerza *ó violencia*, ni *todo* lo que hay de más alto ni de más profundo, ni otra criatura alguna podrá jamás separarnos del amor de Dios, que se funda en Jesucristo Nuestro Señor.

## REFLEXIONES

***¿Quién nos separará del amor de Jesucristo? ¿Debieran hablar otro lenguaje los cristianos? Cuando se conoce, cuando se ama á Jesucristo, ¿se pueden tener otros dictámenes? El aliento y la confianza son inseparables del verdadero amor de Dios. Amor que se extingue con las tribulaciones no es realidad, es apariencia de amor. Lejos de apagarse este divino fuego con los impetuosos vientos de la persecución, le hacen crecer más. Al amor de Jesucristo sirven de cebo las adversidades. No debe temer las cruces. Los enemigos que propiamente ha de temer son la abundancia, las honras y los placeres.***

***¿Quién nos separará del amor de Cristo? ¿Será la tribulación? ¿Serán las angustias? ¡Ah, que ellas sirven grandemente para nuestra santificación! No hay cosa más oportuna para extenuar nuestras pasiones; son, por decirlo así, el contraveneno de nuestro amor propio. ¿Será la hambre? ¿Será la desnudez? Pero cuando se ve á Jesucristo nacer y morir en pobreza, ¿se la podrá mirar como trabajo, ó como desgracia? ¿Será el desprecio? Pero ¿cómo puede ser, mientras estoy oyendo que mi Salvador me acuerda que, si el mundo me aborrece, primero le aborreció á El? En fin, ¿será la persecución? ¿Será la espada? Pero ¿quién ignora que, según nos lo advierte el mismo Jesucristo, todos los que quieren vivir piadosamente padecerán persecución? Mientras el mundo tenga secuaces, mientras haya disolutos, mientras haya impíos en el mundo, la virtud será bien ejercitada; pero ¿quién no sabe que la virtud se perfecciona en la adversidad, como el oro se purifica, se acrisola con el fuego? ¡Mi Dios! ¿Cuándo podremos decir con el Apóstol: *Estoy cierto que ni la muerte, ni la vida, ni lo presente, ni lo futuro, ni lo más alto, ni lo más bajo, ni otra alguna criatura, me podrá separar del amor de Dios?* Pero***

¿quién tendrá la culpa de que al presente no lo podamos decir? Sólo el amor de Dios llena el corazón, sólo él le satisface; el amor de Jesucristo vale y sirve para todo.

**El Evangelio es del cap. 12, vera. 21 al 26 de San Juan.**

En aquel tiempo dijo Jesús á sus discípulos: En verdad, en verdad os digo que si el grano de trigo, después de echado en la tierra, no muere, queda infecundo; pero, si muere, produce mucho fruto. *Así*, el que ama *desordenadamente*, su alma, la perderá; mas, el que aborrece o *mortifica* su alma en este mundo, la conserva para la vida eterna. El que me sirve, sígame; porque donde Yo estoy, allí estará también el que me sirve; y, á quien me sirviere, le honrará mi Padre.

## MEDITACIÓN

### Del amor propio.

PUNTO PRIMERO.—Considera que no tenemos peor enemigo que á nosotros mismos. Nuestras pasiones, nuestro genio, nuestras inclinaciones viciosas, todo conspira á perdernos; nuestro amor propio es nuestro suplicio. No es menester ir lejos para encontrar el verdadero principio de nuestras inquietudes; el origen de nuestras desazones, de nuestras pesadumbres y de nuestras lágrimas está en el fondo de nuestro corazón.

Nuestras pasiones son nuestros propios tiranos; y toda la viveza, toda la lozanía que tienen se la deben á nuestro amor propio. Amámonos demasiado, y de aquí proviene que seamos tan ciegos hacia el interés, tan ardientes hacia los placeres y tan delicados en todo lo que puede lastimar, aun ligeramente, nuestro orgullo.

**Amámonos demasiado, y en esto consiste toda nuestra desgracia. Pero ¿es amarse el perderse? Quien ama su vida, la perderá; éste es el fruto de nuestro amor propio; no hay condenado que no haya sido el artífice de su perdición, y esto sólo porque se amó demasiado.**

**¿Qué vicio hay en el corazón que no esté, por decirlo así, alimentado á costa del amor propio? ¿Y qué facilidad no hallaría la virtud entre los fieles, si el amor propio fuera menos poderoso? El pecado no tiene más miel ni más atractivos que los que el amor propio le presta. Por poco entendimiento, por poca religión que se tuviese, se le miraría con horror; pero el amor propio cautiva el entendimiento, debilita la fe y nos domestica con el pecado. ¿Podemos tener nunca mayor enemigo que temer? Pero ¿acaso le miramos como tal? ¡Mi Dios, y cuánta verdad es que, el que en este mundo aborrece su vida, la asegura para la eternidad! ¡Cuánta verdad es que el que entrega su corazón á los deseos desordenados, el que lisonjea los sentidos, el que pasa los días de su vida en la delicadeza, en los regalos, en las delicias, pierde su alma! *Destierra del mundo el amor propio*, decía San Bernardo, *y desterrarás el Infierno.***

**¡ Ah, Señor, y cuándo dejaré yo de amarte tan á costa mía! Demasiadamente lo he hecho hasta aquí; haced que me aborrezca, y entonces comenzaré á amarte verdaderamente.**

**PUNTO SEGUNDO. — Considera que nunca se ama uno más que cuando se aborrece á sí mismo, en el sentido del Evangelio. El mundo gusta poco de esta verdad; pero ¿será menos verdad porque no sea á gusto del mundo? Oigamos otra vez á la misma verdad eterna, que dice: *Que quien ama su vida la perderá, y que quien la aborrece en este mundo la asegura para la vida eterna.* ¿Qué hay que replicar á este oráculo?**

**Amarse uno á sí mismo es desearse bien; pues es muy cierto que ninguno se desea tanto bien como el que más se aborrece. Niégase entonces muchos gustos, muchas satisfacciones, es verdad; pero ¿hallaríase una sola que no fuese contraria á nuestra salvación? Mortifícanse las pasiones; pero ¿hay alguna que no pueda sernos perniciosa? Tiénense á raya los sentidos; pero ¿por qué? Porque están de inteligencia con el enemigo. Abrázase, llévase la cruz, pero no hay otro camino que guíe á la vida. Esto es lo que se llama aborrecerse uno á sí mismo. ¿Y no es esto amarse verdaderamente? Vuelve los ojos hacia el ejemplo de todos los santos; ¿qué te parece? ¿Andaba errado San Ignacio cuando deseaba las cadenas, cuando nada temía tanto como ser perdonado de las fieras? Aborreció su vida en este mundo, mas por eso la aseguró en la eternidad.**

**¡Mi Dios, y qué poco se aman los hombres del mundo cuando sólo suspiran por lo que los ha de atormentar y los ha de perder! ¿Qué enemigos los pudieran hacer tanto mal como el que ellos se hacen á sí mismos? Ellos se sacrifican al mundo, que no es más que un vano fantasmón, hasta abreviar sus días y hasta vivir en perpetua amargura. Cuidados infinitos, enfados mortales, crueles remordimientos, penas eternas, éstos son los frutos naturales del amor propio; ¿húbolos nunca más amargos?**

**¡ Ah, que las almas justas, los buenos, los piadosos se aman realmente con un amor propio más fino, más delicado, más prudente y más verdadero! ¡ De cuántas pesadumbres, de cuántas miserias nos libra la regularidad y su retiro! ¡ Cuántas felicidades nos produce su sabia mortificación!**

**Hasta este momento, Señor, no había comprendido**

yo el verdadero sentido, el secreto y toda el alma de vuestras palabras. Mi amor propio me tenía engañado, por mucho tiempo me ha tenido gimiendo y molestando, sin advertir, ó á lo menos sin querer desengañarme, de que él era el enemigo de mi quietud y de mi salvación. Ya conozco hoy mi ilusión, y la detesto; estoy resuelto, con vuestra divina gracia, á no amarme en adelante sino como se amaron todos los que hicieron profesión de ser vuestros verdaderos discípulos.

## JACULATORIAS

Ya no habrá más delicadeza, ya no habrá más amor propio; Vos, Dios mío, Dios de mi corazón, Vos sólo, le poseeréis todo en adelante.— *Ps. 72.*

Bienaventurados los que no aman otra cosa que á Vos, Dios mío; los que no hallan otro placer ni otro gusto que en agradaros y amaros.— *Tob., 13.*

## PROPÓSITOS

1. Inútilmente se conoce el veneno del amor propio, si no se aplica la precaución ó el contraveneno para librarse de él. Considera hoy el imperio que hasta este día ha ejercitado sobre ti, y cuántas faltas te ha hecho cometer; la pereza en levantarse por la mañana, el nimio cuidado de librarse de todas las incomodidades del tiempo, cierta delicadeza refinada en la comida, un estudio importuno y enfadoso en hacerse servir, una continua aplicación á buscar todas las conveniencias, cierto fondo de sensualidad regalona que se derrama en todas las acciones de la vida, todas son señales poco equívocas de nuestro amor propio. Examina cuáles son aquellas en que caes con mayor frecuencia, y no salgas de tu cuarto sin haber hecho propósito á los pies de un Crucifijo de cortarlas y de corregirlas. Apunta también

**las que en particular has resuelto mortificar en este día.**

**2. El amor propio es muy sutil; sobre todo es ingenioso en eludir cuanto puede contradecirle, cuanto le mortifica y le violenta. No te contentes con conocer y condenar todo lo que le puede nutrir; declárale la guerra desde este mismo punto, y no se pase el día sin que hayas conseguido de él por lo menos alguna victoria. Para esto ves aquí lo que podrás hacer prácticamente. Primero: en este tiempo de invierno, cierto fondo de delicadeza y de regalo te inclina á estar siempre sobre la lumbre; haz propósito de no arrimarte á ella sino siendo necesario. Segundo: has de ser muy exacto en todas las obligaciones de la urbanidad y de la atención cortesana, no sólo con los superiores, sino con tus iguales, y aun con los que son inferiores á ti. Tercero: no pidas hoy á tus criados acto alguno de servidumbre que no sea con paciencia y con dulzura. Cuarto: ¿te han dado alguna desazón? No sólo no has de conservar resentimiento, pero ni hablar de la materia con el mayor amigo tuyo; nútrase mucho el amor propio con esta especie de confianza; se le mortifica muy sensible mente cuando se calla.**